

toda fausto y toda esplendores, porque se ensayaba en México la forma monárquica, y el Gobierno y la sociedad imitaban el lujo de la corte de Napoleón III.

El infortunado Maximiliano, como ya lo hemos dicho en otro artículo, intentó ir á retratarse con los hermanos Valletto, y se lo impidió una enfermedad, y un año después, el mismo mes, en el mismo día y á la misma hora, el Presidente Juárez, fué á retratarse, habiendo exclamado cuando supo esta coincidencia: «Así es el mundo».



Derribado el Imperio, los generales republicanos vencedores, los diputados, magistrados, empleados de alta categoría, etc., acudieron espontáneamente también á ponerse delante de las máquinas que habían reproducido á mariscales de Francia, generales austríacos, franceses y belgas; al príncipe Kvenhuller, al conde de Bombelles, á las damas de la Emperatriz y á las más distinguidas señoras de México.

Las dignidades de la Iglesia, las eminencias del Foro, de la Banca, de la Tribuna y de la Cátedra; los desposados más notables en to-

das las épocas, han ido á ese taller tradicional, y por esto, cuando alguien que ha envejecido en México, observa y revisa aquellos archivos mirando negativas ó tarjetas, surgen á sus ojos séres, cuadros, trajes, cosas de tiempos que huyeron, y que allí se codean y se confunden con lo nuevo, con lo moderno, con lo que priva en la actualidad, como lo más refinado en el arte.

Los hermanos Valletto, siempre han estado al corriente de todas las mejoras en su ramo, y nadie desconoce que ellos han sido los introductores de dichas mejoras en nuestro país, y que han llamado siempre la atención con sus novedades artísticas.

En 1871 trasladaron su taller á la primera de San Francisco, 14, y treinta años más tarde, en 1901, á la segunda de San Francisco, 2.

Es decir, han trabajado sin cesar cuarenta y un años, y en ese tiempo han desfilado delante de sus cámaras oscuras, más de 90.000 personas.

Julio se consagra en el trabajo á la parte química; Ricardo á los trabajos al carbón y á las positivas, y Guillermo al decorado, á la posición, á las actitudes, al conjunto estético de cada obra.

Sus estudios de arte han sido perfeccionados en Europa. Julio Valletto estuvo en París

al lado del gran maestro veneciano, Ingeniero fotógrafo Montalti, que acompañó al inmortal Lesseps á los trabajos de apertura del Canal de Suez, y además estudió en Viena con Heder, en Berlín con Kleffer, en Buda-Pest con el profesor Khloller.

Guillermo, después de trabajar al lado del Profesor Biber, de Berlín, que era el fotógrafo del Emperador de Alemania, y su taller reputado como el de mayor fama y valía, estudió en Amsterdam (Holanda), en Viena y en Bruselas.

Ricardo, discípulo también del afamado Montalti, aprendió á trabajar al carbón en Inglaterra é hizo diversos estudios en París y Alemania.

Los tres hermanos, durante esos estudios, trabajaban confundidos con los obreros de cada país, y observaban la manera más eficaz para obtener buenos resultados.

En los Estados Unidos visitaron magníficos talleres, y tanto allí como en Europa, han alcanzado en las Exposiciones altas y merecidas recompensas, siendo ellos los primeros artistas mexicanos que obtuvieron en fotografía premios en los certámenes de Europa.

En la Exposición Universal de París de 1900, sacaron la medalla de oro, y en la Ex-

posición también Universal de Saint Louis Missouri, en 1904, obtuvieron el gran premio.

Acostumbrados desde niños á la vida elegante, lo revelan en todo lo que les rodea, así en sus salones, como en su «atelier», que es un modelo de orden y de lujo.

Han vivido trabajando, y su gloria estriba en honrar á la patria en el extranjero, y en satisfacer las exigencias de un público que acude en su busca sin ser llamado con «réclames» á la usanza moderna.

Han visto desfilar delante de sus máquinas á niñas que hoy son jóvenes, á jóvenes que hoy son matronas, á matronas que ya son ancianas.

Un día, frente á esa máquina, colocaron á mi nieto, y yo le decía sin que me entendiese:

—En ese mismo lugar se ha retratado tu padre.

—¿Sf?

—Y tu abuelo.

—¿Sf?

—Y tu bisabuelo. ¡Ah! ¡Y cuántos pueden decir lo mismo!

Niñitas que allí se retrataron atadas con un cordón de seda sobre una silla y con el biberón en la mano, llevan hoy á sus hijas á que las fotografíen de igual manera.

Pero los procedimientos han cambiado.

hoy todo tiene mayor realce, más gusto, más mérito artístico. La ciencia ha progresado mucho, y pronto, muy pronto acaso, se descubrirá la fotografía con colores.

¡Qué desgracia para aquellos que tenemos el cabello blanco!

En cambio, qué alegría para los de mejillas sonrosadas y cabellos rubios.

Esos verán lo que á muchos ha de escondernos la obscuridad del sepulcro.

Y al pensar en nosotros los que todavía amen nuestro recuerdo, si alguno lo conserva, nos conocerán en retrato, y al ver la marca «Valleto hermanos», dirán: «está hablando»; porque sin ofender á nadie, los retratos hechos por ellos, viven y hablan.

Los tres hermanos son de esos artistas que observan doble culto: al arte, en sus más brillantes manifestaciones, y á la patria, á la sociedad y á la familia, en todo lo que tienen de sagrado y de adorable.



Yucatán poético.

Rosado Vega y sus versos.

FRAGANTE como una tuberosa; limpio como un pétalo de gardenia recién abierta, ha venido á mis manos un libro doblemente hermoso, por el contenido y por la edición que de él hizo la imprenta «Gamboa Guzmán», de Mérida.

Se intitula: *Alma y Sangre, Las peregrinaciones del Amor y del Ensueño, Otras visiones y Otras ansias, Los Poemas.*

Su autor es Luis Rosado Vega. Un joven de perfil romano, de mirada sagaz, de frente que dice á todos en su espaciosa bóveda: soy poeta.

No lo he leído, lo he devorado con delectación, y encuentro en cada una de sus páginas algo nuevo y mucho hermoso.

A mí no me importan las escuelas, me importa que el autor tenga inspiración, originalidad, alma.

Y Rosado Vega es poeta por los cuatro costados. Se adivina leyéndolo, que ha tenido sus vacilaciones entre el género clásico y el modernismo. En este último, su instinto le ha hecho detenerse, para no llegar hasta las excentricidades, y después su genio de verdadero poeta lo ha obligado á dejar ese sendero para seguir el de la buena escuela, que le ha proporcionado sus mejores laureles.

Tiene colorido é inspiración; es desbordante; siente y ama.

Tres composiciones suyas son tres estrellas que forman un cinto de Orión en el cielo de estas páginas: *Marinas*, *Las Voces del Bosque* y *El Naufragio de las Almas*.

En *Marinas*, está pintada la vida y las maravillas de la costa y del Océano, como en esas paletas encantadoras que compran cautivados los viajeros á la hora del crepúsculo en la bahía de Nápoles.

¡Qué viveza de colores! ¡Qué armonía en los conjuntos! ¡Cuánta belleza en cada cuadro!

Las Voces del Bosque, perdonándole los giros que llaman *nuevos*, tienen numerosísimas bellezas,

I

Así dice el ave: La garganta mía
cantando desgrana perlas de armonía;
trémolos sonoros, rimados suspiros
que la leve brisa se lleva en sus giros;
fugas musicales, notas peregrinas,
que imitan el lloro de las bandolinas.

Yo soy el poeta que en rimas hermosas
reverentemente corteja á las rosas,
despertando en ellas quién sabe qué anhelos
con mis madrigales y mis ritornelos.

Trovador bohenio, de ilusiones rico,
todo mi tesoro lo llevo en el pico;
bajo mi sedosa casaca de pluma
gallardo es mi porte, mi elegancia suma.

Soy rico, soy sabio, y son mi divino
tesoro y mi ciencia, el vuelo y el trino.
¡Sabes lo que dicen trinando las aves?
Lo saben las rosas, mas tú no lo sabes.

Consulta el Enigma, si saberlo ansías;
pídele la clave de mis armonías,
y si bueno eres y con santo empeño
rezaste tus preces al dios del Ensueño,
en voces secretas te dará la clave
que descifra el dulce lenguaje del ave.

¡Volar!... ¡Si supieras qué hermoso es el vuelo!...
¡Subir y sentirse muy cerca del cielo!
¡Cantar!... Si supieras lo que son los cantos...
¡Ser nota en las dichas y nota en los llantos!
Sé libre y sé bueno, y pasa la vida
mirando á los cielos... y canta y olvida!

¿No es cierto que sólo siendo poeta puede escribirse así? Escuchando estos versos, puede aplicarse á Rosado Vega esta linda estrofa suya, tomada de la misma composición:

Poeta, que la música de tu lengua canora
me arrulle, y que me ofrezca, como en un haz de ensueños,
sus rimas ideales; también soy soñadora
de sueños peregrinos, tan castos y risueños,
que no sé si mis sueños son puros cual la aurora,
ó si la aurora es pura como lo son mis sueños.

Toda la poesía *Las Voces del Bosque*, es bellísima, lo mismo puede decirse de *El Naufragio de las Almas*.

Qué bien descrita aquella nave que sobre la mar encrespada conduce á los dos amantes á «la ciudad que promete la esperanza».

Muy blanco es su velamen
que se despliega leve,
su proa es como un seno,
muy frágil su timón;
y lleva sobre el mástil
un pabellón de nieve,
y en él, como un escudo,
grabado un corazón.

Quien quiera deleitarse con preciosas descripciones, con pensamientos levantados, lea esa poesía, que parece uno de esos tapices orientales, en que todos los matices, en abigarrado pero bellissimo conjunto, se disputan la supremacía.

Y cuando Rosado Vega quiere trazar cuadros sencillos á lo Trueba, escribe *Vamos á la romería*, que nada deja que desear en pureza y en frescura:

«Hermanita, vamos á la romería
de la Virgen, todos á su ermita van.
No tardes, no tardes, que ya avanza el día;
si un pecado tienes, hermanita mía,
no temas, la Virgen te perdonará.»

.....
¡Qué alegre está el campo con sus florecillas
de fragante cáliz y vario matiz;
con sus amapolas y sus maravillas...
porque de esas flores tienen tus mejillas;
hermanita, el campo se parece á til

Ya está; ya llegamos, ve cuánta bujía
y cuántos rosales hay en el altar;
allá, en lo más alto, la Virgen Maria,
contenta, sin duda, de su romería,
parece que á todos las gracias les da.

Y concluye diciendo:

Deja esos tus llantos, hermanita mía,
para aquellos tiempos que después vendrán,
en que no vayamos á la romería,
que entonces... entonces la Virgen Maria
quizá nuestras culpas no perdonará.

La poesía intitulada *La canción del Céfiro*, es una filigrana, y se reúnen en ella la alteza de las concepciones y la claridad del buen decir, sin rebuscamientos ni palabras sacadas del fondo del *Léxico*.

Luis Rosado Vega es un príncipe heredero de la encumbrada inspiración de los más famosos bardos yucatecos, expresada en la mejor forma y con toda la galanura de las rosas recién abiertas.

La tierra que produjo á Andrés Quintana Roo, Wenceslao Alpuche, José Antonio Cisneros, Mariano Trujillo, Luis y Andrés Aznar Barbachano, Nicanor Contreras Elizalde, Ramón Aldana, Pedro Ildefonso Pérez, Wenceslao Rivas, Joaquín Castillo Peraza, Manuel Barbachano, Fernando Juanes González Gutiérrez (Milk), y que aún tiene vivos un José Peón Contreras (nuestro gran dramaturgo y lírico) y un Justo Sierra, mira con orgullo que no se extingue el sagrado fuego de las musas, y que surge, alimentándolo, una falange de jóvenes, entre los cuales descuellan José I. Novelo, Mediz Bolio, Carlos B. Menéndez, Arredondo y Castro, y... pero vaya usted á citar á todos, ¡son tantos!

Esa juventud yucateca tiene en su corazón el fuego de la tierra rica y ardorosa en que ha nacido. Derrocha los pensamientos hermosos como derrocha el oro en sus grandes manifestaciones de simpatía, y es noble, estudiosa, alienta esperanzas y ama el terruño, como á las niñas de sus ojos. No hace muchos días me preguntaba un amigo:

—¿Usted no fué á las fiestas de Yucatán?

—No fuí.

—¿Por qué?

—Porque no me invitaron.

—¿No es amigo de usted Calero?

—No.

—¿Y Rubio Alpuche?

—Tampoco.

—¿Y Sierra Méndez?

—Puede que sí.

—¿Y habría usted ido á decir algo?

—Hombre, á decir, no; pero sí á dar...

—¿A dar qué?

—Un abrazo muy estrecho á los poetas, y uno muy fraternal y cariñoso á Novelo y á Luis Rosado Vega, el autor de este precioso libro que tengo en la mano, y que es una joya del Parnaso.

Rosado Vega no sólo promete ser, sino que ya es una personalidad literaria.

Que recoja tantos laureles como versos escriba en su vida, que le deseo larga y llena de todo linaje de venturas.

Algunos versos

del señor Licenciado D. Francisco
Elguero.

I

Don Francisco Elguero, persona de clarísimo talento y de vasta sabiduría, le conocíamos como abogado de envidiable reputación, por su honradez sin tacha y su bufete lleno de negocios, sin sospechar que era devoto ferviente de las musas.

Y de pronto llega á nuestras manos un volumen clara y elegantemente impreso, con el modesto título de *Algunos Versos*, y al hojearlo con interés, fuimos de sorpresa en sorpresa, encontrándonos con un poeta de los que no rinden vasallaje á lo que no sea alto y hermoso por su esencia.

El docto y elocuente Arzobispo de Michoacán, D. Atenógenes Silva, en breve pero hermosa carta, dirigida al autor del libro, y que le sirve de pórtico, dice al referirse á las composiciones:

«En el fondo se descubre luego la grandeza de los asuntos, la elevación del pensamiento, la rectitud de las ideas y el criterio perfectamente cristiano. En la forma espande la belleza literaria y la poesía verdadera que, á mi modo de ver, consiste en revestir de forma sencilla y agradable la grandeza del pensamiento.»

Tan cierto es lo que el talentoso Sr. Silva afirma, que á cada paso vemos cómo los más inspirados dan á una idea bien conocida novedad y hermosura al revestirla con elegante y rico ropaje.

No es Elguero de los que se deleitan en romper, como se dice ahora, los viejos moldes del buen decir y del claro pensar, ni gusta de escribir en esa jerga que requiere diccionarios especiales y entendederas sobrehumanas. Respeta las leyes, y sus versos son claros, diáfanos, comprensibles y bellos.

La poesía debe ser sencilla, como esas campesinas á quienes bastan su propia frescura y sus vivos colores para asemejarse á las rosas nuevas, ó grave, majestuosa y elevada como las grandes maravillas de la Naturaleza.

Horacio llamaba á Iceo torrentoso, porque remedaba con su elocuencia la sonora majestad de un torrente, y no hay quien nie-

que á Dante el título de altísimo, porque se remonta en sus concepciones á la región de las águilas.

El verso que no es claro no conmueve ni se queda grabado en la memoria, lo cual se comprueba mirando que los menos amantes de la poesía se saben de memoria muchos versos que les cautivan, porque siendo tan claros, y estando tan llenos de sentimiento, impresionan y deleitan á todos.

Elguero advierte en su libro á los lectores que no se cree poeta, porque nadie que lo es cree serlo; que se complace de haber escrito versos, gusten ó no, porque esa labor le ha servido á la par de divertimento y de consuelo en terribles pesadumbres, y porque consagra el producto de la venta de esas poesías, que no dañan la fe ni sirven de Galeoto, á un asilo de huérfanos.

II

Y ahora, dicho esto, véamos la obra.

Amante de las grandezas de la Edad Media, canta en hermosos sonetos, así al siglo XII como á la Catedral Gótica, donde

«De aquel recinto en el espacio umbroso,
la tibia luz y el funerario suelo

convidan á la muerte y al reposo,
en tanto que la ojiva de granito
rasga los aires, nos señala el cielo
y nos dice: ¡Volad al infinito!»

Encuentro este soneto tan bello como el que Núñez de Arce intituló *A una pirámide de Egipto* y los que el general Riva Palacio consagró al Escorial y á la Catedral de Toledo.

No son menos hermosos en el libro de Elguero *La Catedral Anónima*, que termina así:

«No mienta el edificio soberano
al artista sin par; pero el creyente
de tal silencio descubrió el arcano.
¡Doble el orgullo la altanera frentel
Calló su nombre el constructor cristiano;
pero habla su humildad eternamente!»

La Campana, que parece inspirado en *Vivos voco, Mortus Plango, Fulgura frango*, y comienza con estas hermosas cuartetas:

«Lengua de bronce, en boca de granito
es voz solemne de la fe cristiana;
alza hasta el cielo, de la raza humana
himno de gozo ó de dolor el grito.
El hombre antiguo, misero precito,
desconoció su lengua soberana;
hoy el grave tañer de la campana
es la oración del mundo al infinito.»

Lo cual nos recuerda aquel pensamiento de F. Schiller, en su canto *La Campana*:

«Una voz divina más—que alterne con las estrellas—que en su giro regular—la gloria de Dios pregonan—y leyes al año dan.»

Elguero muestra su admiración por los grandes pensadores y poetas, y lo mismo se extasía con Santo Tomás de Aquino y San Bernardo, como con Dante, con Virgilio, con Shakespeare, á quien dice:

«¿Quién sondeará el abismo de tu mente,
espejo fiel, que retrató en el mundo
de cada sér el tipo diferente?

Eres tú como el mar, y en lo profundo
del piélago sin playas de tu alma
reina la augusta, la perenne calma.»

Con cuánta exactitud dice al hablar del gran trágico inglés y del Dante:

Son hermanos los dos, genios hermanos,
que si se encuentran en la selva oscura,
hubieran arrostrado su pavora
firmemente cogidos de las manos.

En ambos el amor al bien encierra;
pero el latino es el cantor del cielo,
y el sajón el poeta de la tierra.

Y qué hermosa imprecación á Cervantes:

Es mi libro muy pobre—nos dijiste—
porque es igual á mí.—¡Varón preclaro,
si no hay joyel tan exquisito y raro
que valga lo que el libro que escribiste!

¿Y á Goethe? En ese soneto está revelada la fe firme é imperturbable que reina en el alma de Elguero:

Pero el divino poeta se absorbía
en la contemplación de la belleza
y los ojos al cielo no volvía.

No cambio por su gloria mi vileza,
él fué grande no más mientras vivía,
yo aguardo ¡cielos! eternal grandeza.

¡Qué bien pinta el poeta la blanca figura de León XIII, la predilección de Horacio, la Galatea de Virgilio, las Catacumbas, en que exclama:

* Es la ciudad cristiana: allí germina
la semilla de Cristo en lo profundo,
como en la tierra el brote de la encina;
y por esfuerzo insólito y fecundo
ya la fe sube á la imperial colina
para alumbrar los ámbitos del mundo.

El Convento de Monjas, tiene versos tan nítidos como estos:

Entre gasas de trémula neblina
el rústico convento me parece
un palacio de hadas que se mece
sobre la cumbre de gentil colina.

Ya en Oriente la estrella matutina
á los rayos del alba palidece,
y resuena de pronto y me estremece
la voz de las campanas argentina.

No en vano le puso Elguero como epígrafe este pensamiento de Ozanam: «Ignoro si la

idea no es atrevida, pero la Cartuja incrustada en el hueco de las montañas, paréceme un nido solitario, donde las almas santas congregadas y cobijadas bajo las alas maternas de la religión, se engrandecen apaciblemente para volar un día al cielo».

Así nuestro poeta pinta con otro soneto *La Cartuja*, la solemne paz del asilo en que al traspasar sus puertas, se respira profundo silencio, el pasado se borra y el alma, despertando á la luz, queda con Dios sola y cara á cara.

III

En todos los versos de Elguero splende la fe consoladora y firme, y así cuando el dolor le inspira cantos á su hijo muerto, señala como único bálsamo la esperanza en otra vida y la resignación como fortificante lluvia del cielo.

Numerosos son los sonetos que podría citar aquí, algunos dulcísimos y hermosos como *El Crucifijo*, *Stela confidente*, *Resurrecturus*, *La Pobreza*, *A mi Hija*, *Rancé y el Ateo*, así como muchos de los que constituyen la parte de la obra intitulada: *A la Clemencia Divina*, que son tesoros de meditación sana,

de convicción inquebrantable, porque Elguero no oculta sus sentimientos piadosos, se envanece de ellos y estos versos resuenan como esa música grave, pero hermosísima, que en las grandes solemnidades religiosas acompaña á las plegarias de los fieles.

La musa mística, cuando es bien comprendida y bien interpretada, como en este caso, tiene múltiples bellezas, y nada hay más grato que regocijarse en sus inefables dulzuras.

Filosóficos y llenos de fondo son los sonetos consagrados *A la vejez*, de la cual decía Riva Palacio:

que tiene la vejez sus horas bellas
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas.

Elguero canta así las primeras escarchas que platean el cabello y que, como él dice

«que nievan el espíritu y la frente.»

como el olvido, la salud, los placeres y la muerte, que forman y completan el cortejo de los últimos años.

En sus pensamientos sobre la muerte, hay esa profunda severidad que yo he encontrado en los inmortales versos del inspirado poeta sueco Juan Olof Wallén, fallecido en la primera mitad del siglo pasado, y á quien

Tagner, el primer bardo de Suecia, llama *el David del Norte*, pues su poema *El Angel de la Muerte*, tiene estrofas que se asemejan á los salmos:

¡Qué fuera la virtud, si cual se apaga
chisporroteando el ascua entre cenizas,
en ceniza no más, se convirtiera
el corazón del hombre, todo fuego?

¡Héroes que por la patria os inmolasteis,
genios sedientos de ideales dichas,
víctimas del dolor, ó la miseria,
alzáos y decid que no fué en vano!

Esto clamaba Wallín, y así piensa y siente
y se expresa Elguero, y así dice á León XIII
en su muerte:

Vuela, vuela feliz, alma querida,
y sin obscuridades y sin velo,
contempla glorioso el mismo cielo
que apóstol nos mostrastes en la vida.

IV

En la sección que intitula *Poetas diversas*, son de notarse otra á León XIII, viril y galana, y Jesucristo y Napoleón.

Así como nuestro sonetista Carpio pintaba al vencedor de Marengo, con lágrimas en los ojos, sentado sobre una altura á la orilla del mar de Santa Elena, Elguero lo pinta en una

tarde, ya prisionero, frente al Océano, comparando sus hechos con los de los más insignes guerreros, y exclamando al fin, triste y convencido de lo que es la vida:

«Héroes—dijo—pasáis como la espuma;
apenas yo venero vuestros nombres;
ni el alto imperio ni la ciencia suma
os ganan el cariño de los hombres.

Yo dominé la tierra y estoy solo;
Cristo rinde en la Cruz los corazones;
¿quién gana sino Dios de polo á polo
y por siempre el amor de las naciones?

.....
¡Cuánto conozco el corazón humano!
Nunca para mi vista tuvo velos;
mientras que el de Jesús es un arcano
más hondo que los mares y los cielos.»

En todo, como he dicho, se revela el poeta creyente, pero creyente como aquellos mártires que se entregaban á las fieras con los ojos fijos en el cielo azul de Roma y el alma henchida de divinas esperanzas. Una fe así es la que forma á los seres superiores lo mismo en poesía, que en pintura, en escultura y en música, porque ella ha sido, es y será, lo mismo en las ciencias que en las artes, la aureola eterna que baña con refulgentes rayos de alborada las obras humanas.

Elguero, en lo descriptivo, es un pintor de gran colorido, lo cual se comprueba leyendo su fragmento del poema *La Oración de la*

Tarde, en sus traducciones é imitaciones de J. M. de Heredia, de Teodoro de Banville, de Shakespeare, del Conde de Shouvaloff, de Malherbe, de Faber, de Verdaguer (que son magníficas), de Víctor Hugo y de Lamartine (*El Lago y el Canto de los Huérfanos*).

No siempre el *tradutori es traditori*, como dicen los italianos; Elguero poeta, ha sabido interpretar unas veces, imitar en otras y traducir siempre bien á los poetas.

V

El libro termina con un canto á D. Vasco de Quiroga, aquel insigne varón que dejó un nombre inmortal en las páginas de la historia.

Es una poesía digna del angélico Obispo, y Elguero se lamenta de que en Michoacán, de cuya fértil tierra es el padre legítimo, no se le haya erigido una estatua:

XII

¿Por qué ¡oh Padre! en las márgenes del lago
premio del arte á tu virtud no veo?
Eternice la patria agradecida
allí en aquel lugar tu justa gloria,

del modo que del Santo Borromeo
Milán ha conservado la memoria.

El indio desvalido, el indio ignaro,
en su infantil más noble sentimiento,
si te formara un raro
y digno y perdurable monumento,
en cierto punto de la patria sierra
sobre la húmeda tierra,
profundamente se imprimió tu planta
y es tu pueblo tan fiel y tan constante,
que aquesa huella santa
tres siglos há mantiene el caminante.

Alude Elguero, y así lo expresa en su nota, á lo que, acerca del particular, dice el general Riva Palacio en su magnífico tomo de *México á través de los siglos*, volumen II, página 226. La nota es tan interesante, que no resisto al deseo de transcribirla:

«El grande amor de los tarascos al Sr. Quiroga, y el recuerdo que conservan todavía de su memoria es notable, sobre todo en la sierra de Nahuatzen y Paracho: hay un punto en esa sierra que se llama «Obispo Tirécua», que quiere decir: «lugar donde comió el Obispo», sólo porque una vez, pasando el señor Quiroga por ahí, se detuvo en aquel lugar para tomar algún alimento.

»Yo he presenciado un hecho que indica hasta qué punto se conserva y venera la memoria del Obispo.

»En el año de 1866, en tiempo de la guerra contra los franceses, pasaba yo con una división de Infantería por la sierra de Paracho, y en un punto en que el camino se ensanchaba formando una pequeña plazoleta, descubrí una especie de altar ó monumento rústico de cantera, de poco más de un metro de altura y sin adorno de ninguna clase; por delante, y al pie de este monumento, el terreno estaba algo hundido, formando una pequeña oquedad como esas que se ven en los caminos carreteros muy transitados y poco cuidados; procuraba buscar algo que me indicara el objeto ó el origen de aquel monumento, cuando ví desprenderse de las filas á muchos soldados que llegaban corriendo y sin atropellarse, metían el pie derecho en aquella oquedad del terreno y volvían á tomar su colocación en la columna. Muchas mujeres hicieron lo mismo, y si llevaban niños cargando, los ponían en tierra y los hacían meter también el pie derecho; uno de los Oficiales me explicó lo que aquello significaba.

«Pasando una vez á pie por aquel terreno el Obispo Quiroga, por ser tiempo de aguas, el terreno estaba falso, y al dar un paso se le hundió el pie derecho, dejando marcada profundamente la huella.

»Desde entonces, y hace más de trescientos años, aquella huella se ha conservado, porque desde entonces cuantos indios han pasado por ahí, van á meter el pie derecho en aquel agujero, y con objeto de que no vacilen ó pierdan el lugar, se colocó aquel rústico monumento.»

Bien, muy bien, ha hecho Elguero en cantar al inmortal Obispo que aplacaba los rigores de los encomenderos, que fundó la ciudad de Pátzcuaro, dirigiendo la fábrica de su santuario, que trajo el «plátano» al país, que dió oficios á los indios, amándolos como si fueran sus hijos, y que legó en sus obras toda su alma á ese Estado de Michoacán que es, sin hipérbole, el paraíso de la República.

Después del canto á D. Vasco, se encuentran otros sonetos, entre los cuales culmina el que se intitula *El árbol de invierno*:

¡Qué triste estás! deshízose la blonda
 copa otoñal en tu nevada frente;
 ya no regalas ámbar al ambiente,
 ni palpita á tu pie la móvil onda.
 Ya no hay rumor de abeja que responda
 á tus dulces rumores blandamente;
 ya no llora la tórtola inocente
 en el discreto asilo de tu fronda.
 ¡Qué triste!, mas discurre todavía
 la savia por tus yemas, y el verano
 te habrá de devolver el rico adorno.

¿Cómo no ha de tener, Dios soberano,
la primavera de la vida mía
en otra vida, tan feliz retorno?

Tan buenos como éste, son: *Día de muertos*, *El homenaje de David*, *Isabel la Católica*, *La muerte de Santa Teresa*, *A Baco* (imitación de Virgilio), *El poeta campesino* y el último de la colección *A España* en el Centenario del Quijote, que termina así:

Ya no ilumina el Nuevo Continente
aquel astro feliz, jamás extinto
en los reinos de España deslumbrantes;
mas otro nuevo sol alza la frente,
y sucede al del César Carlos Quinto
para nunca morir, el de Cervantes,

En resumen, Elguero es un poeta que, según la frase del Duque de Rivas, piensa alto, siente hondo y habla claro. Su libro puede entrar á todos los hogares dejando en ellos suave aroma de pureza, porque es un ramillete de azucenas del alma.

El estilo es el hombre y aquí se comprueba, porque el autor es de esos caballeros que si hubieran nacido en la Edad Media, asombrarían con su piedad y sus acciones.

Hoy, en medio de la atmósfera en que vivimos, todos decían: Elguero es un sabio jurisconsulto, un creyente ejemplar, un caballero sin mancha, y después de leer sus ver-

sos todos exclamarán: es un poeta; es un inspirado que bebe en los raudales de la fe y de la esperanza las aguas puras de una inspiración sana y luminosa.

No se olvidará su nombre, ni se desdeñarán sus obras en los anales del parnaso nacional, porque lo bueno perdura, y lo que con tan noble intención y con tan elevado númen se ha escrito, no perece ni se desdeña.

Yo le envío mis aplausos entusiastas, porque al leer sus versos he conocido su alma limpia y noble y su carácter honrado y firme.

En él no hay dualidad, el poeta es como el hombre, digno de todo cariño y de todo respeto.

El poeta Grilo.

NACIÓ Antonio F. Grilo el año de 1845, en esa histórica y melancólica ciudad de Córdoba, á que prestan sombra elevadas palmeras y fresca las aguas del caudaloso Guadalquivir.

El que ha visitado Córdoba no olvida nunca las murallas con inmensos torreones, el monumento de jaspes que remata con un San Rafael de alas de oro, el castillo de la Calahorra y la puerta de Sevilla, que son apoyos del celebrado puente de dieciséis arcos que reedificó Hescham; el alcázar de Alonso XI, la torre de la Mal-Muerta, y sobre todo, la mezquita Aljama, donde emires y califas, creyentes ciegos en Alá y en su Profeta, oraron por la salud de su reino y de su pueblo.

Córdoba ha inspirado mucho á los poetas y á los artistas; sus calles no ofrecen los encantos de la arquitectura ojival, salvo en una que otra fachada ó en algún rosetón de antiguos templos semi-bizantinos.

La mezquita es la que encierra cuantos te-

soros posee la arquitectura oriental, y deslumbra, soberbia y cautivadora, al que atraviesa sus umbrales.

Córdoba tiene extensas y frondosas alamedas en el campo de la Victoria; huertas llenas de árboles frutales, y como está situada en una de las vertientes de la Sierra Morena, realzan su pintoresco panorama las tupidas arboledas de los cerros, entre las cuales se asoman las ermitas y surgen como si fueran hebras de plata los chorros de agua que brotan de las peñas.

Por eso dice Grilo:

Hay de mi oscura sierra
sobre las lomas
unas casitas blancas
como palomas.

Y agrega después:

La agua que por las rocas
se precipita
dicen los cordobeses
que está bendita.

Entre verdes olivos, junto al claro arroyo que moja sus raíces se levanta la capilla erigida á la Virgen de la Fuen Santa, cuyo nombre llevan muchas cordobesas, y entre ellas la que Grilo amó intensamente, la que fué su esposa, la madre de su encantadora hija Magdalena, á quien yo conocí pequeñita.